



**El delirio de las monjas muertas No. 6**  
*Aguafuerte, aguatinta y punta seca*  
45 X 56 cm  
1973

# LA APARICIÓN DEL MANUAL DE LITERATURA COLOMBIANA

Marco Palacios\*

**L**a aparición de este *Manual de Literatura Colombiana*, contribuirá sin duda alguna a profundizar y ensanchar el conocimiento y comprensión de nuestro patrimonio literario. Suscitará, y eso debemos esperar, una crítica metódica y erudita de los especialistas en estas materias.

De mi parte, y a conciencia de aparecer pedante, quisiera proponer algunas reflexiones de un carácter más general que no pueden soslayar la literatura como expresión creadora nacida de un momento circunstancial o de una época, de unos incidentes especiales o de un cuadro histórico complejo, y, menos, intentarían evadir el presente nacional.

## Literatura sin adjetivos

**C**uando la lingüística gana un lugar prominente entre las ciencias y la filosofía en razón de que el lenguaje se ha convertido en uno de los problemas capitales para el hombre del siglo XX, la literatura escrita, arma crítica por antonomasia, va achicándose ante la embestida expansionista de la radio, el cine, el video, la televisión (local o planetaria), medios masivos más expuestos a convertir el melodrama en truculencia y ramplonería, aptas para generar los artificios antidemocráticos de la sociedad consumista.

Con todo, somos herederos de la edad romántica que atribuyó al hombre lo que era dable pensar sólo de Dios: el acto de creación. Concebimos con la mayor naturalidad que arte y literatura son creaciones del genio expresivo de artistas y poetas. No pensamos las palabras como herramientas exclusivas para designar la realidad nombrando los objetos; del mismo modo pensamos que el arte desistió de "imitar la naturaleza" para recrearla enteramente. A las funciones establecidas del lenguaje hemos añadido aquellas que subrayan su carácter cotidiano, colectivo, nacional, que no per-

miten expresar más intensa y claramente sentimientos y emociones cuyos contenidos no serían diáfanañamente inteligibles sino en la lengua *materna*.

Estas concepciones se han extremado conduciendo a suponer una literatura circunscrita. No me refiero al nacionalismo literario, fenómeno socio-político perfectamente explicable, sino a la pretensión de fijar en el Estado nacional el ámbito de circunscripción de los fenómenos poéticos y literarios; ni siquiera en la geografía de la lengua castellana o de la región hispanoamericana. Las contundentes observaciones formuladas por Ezequiel Martínez Estrada (*La literatura y la formulación de la conciencia nacional*) sobre lo "patrio" y lo "nacional" refiriéndose a la Argentina, o las proposiciones de un Reyes, un Borges o un Paz en torno a la universalidad de la literatura, caen en tierra estéril ante la porfía en transferir las propiedades del sustantivo literatura al adjetivo nacional<sup>1</sup>.

Pero una literatura "nacional" en nuestra región ha servido para solapar el carácter apoltronado y subalterno de generaciones de escritores proclives a la pompa y al engaño estético-social sobre los cuales se afianza la dictadura de la cultura "culto" sobre la cultura popular.

## Lo culto, lo popular, lo nacional

**L**a separación de aguas entre lo culto y lo popular (en algunas variantes entre "civilización" y "barbarie", entre pueblos con escritura e historia y pueblos con una oralidad ahistorical), arrebata a la expresión vernácula su posibilidad de devenir literatura con los mismos fueros de la literatura culta. En su clamada bastardía, lo "popular", lo "folk", se abandona al escrutinio de antropólogos y sociólogos. Este *Manual*, quizás sin proponérse-lo sus editores, excluye de sus análisis el mundo

\* Palabras con ocasión de la entrega del *Manual de Literatura Colombiana* (Planeta, Procultura) el 6 de mayo de 1988, en la Feria Internacional del Libro.

1. Antonio Alatorre, "En torno al concepto de literatura 'nacional'", *Diálogos*, El Colegio de México No. 110. Marzo-abril, 1983, pp. 6-10.

conocido de las canciones, coplas y trovas, de esa poesía “ignorada y olvidada” por las élites y que florece en las tradiciones orales (campesinas, indígenas, de barriada); enterrada en el pueblo, como el rosado Soacha esta poesía, reverbera con fuerza y frescura lírica o primariamente sentimental o picaresca y juglaresca, distante de toda preceptiva formalista.

**S**i esto es chocante, también irrita el “problema nacional” inmerso en la secuencia que transformó el Virreinato de la Nueva Granada en República de Colombia. Aunque no se han establecido –ni por vía hipotética– los términos de la solución de continuidad entre la tradición literaria colonial y la republicana, como por arte de magia aparece lo “nacional”, extiende cartas de ciudadanía a lo colonial, apropiándose. *El Carnero*, vallanos el ejemplo, escrito en 1636 y, según se dice, en estilo para entonces reputadamente arcaico, quedó inédito hasta 1859, cuando su primer editor, tan urgido de raíces nacionales como los siguientes, decidió que la obra del santafereño Rodríguez Freyle constituía incuestionable preámbulo de las letras *colombianas*.

La historiografía colombiana no puede explicar estas peripecias ideológicas, de la misma manera que no ha conseguido aclarar satisfactoriamente cuáles fueron las condiciones revolucionarias, políticas y culturales, que definieron la transición (o acaso la ruptura) del orden colonial al orden republicano.

La gloria y ambición de los libertadores cayó en un limbo literario, en la domesticidad chismosa y en la intriga –verbigracia, las Ibáñez o los destinos de los empréstitos británicos. De la Independencia no se desgajaron escuelas literarias, musicales o pictóricas acreedoras a ese nombre. Prosperó en literatura un género oratorio y planfletario y la poesía satinada que celebraba el culto oficial a una patria iconográfica. Las primeras generaciones republicanas se dedicaron a elaborar una visión del mundo impregnada de añoranza parroquial recogida en esos manuales costumbristas de educación para la rusticidad y la “malicia” artificiales. La literatura se orientó a ensalzar valores y símbolos raizales y a cultivar la diferencia característica de un mundo social jerarquizado a la española, aunque las convenciones e ideales sociales se importaran de París y Londres. No ocultaron, por supuesto, la desconfianza que les inspiraban las figuras emergentes tales como los diferentes estereotipos de político republicano, de cacharrero sin abolengo, de arriero rico y semianalfabeto.

Este talante quedó refundido en el costumbrismo y alcanzó de lleno la producción romántica decimonónica.

### El poder de la imaginación

**A** los historiadores, como a los hombres de letras, nos atrae la exactitud de las palabras y su ambigüedad una vez que van formando una frase o un texto. Nos seduce la magia de hilar unas palabras con otras hasta dar cuenta de una realidad. No obstante, para historiadores, creadores literarios o ensayistas podría tratarse de distintos órdenes de realidad. En sus *Lectures on Don Quijote* (New York, 1982), Nabokov abre baterías de este modo: “Debemos evitar al máximo el error fatal de buscar la llamada “vida real” en las novelas. No tratemos de conciliar la ficción de los hechos con los hechos de la ficción. *Don Quijote* es un cuento de hadas y también lo son *La Casa Desolada* y *Almas Muertas*. *Madame Bovary* y *Ana Karenina* son supremos cuentos de hadas. Pero sin esos cuentos de hadas el mundo no sería real”.

Nabokov alude al fenómeno infinito de la invención literaria. Sugiere que el poder sustutivo de la literatura reside en su capacidad de liberar las energías de un pueblo convocando su fantasía y enalteciendo el sentido trascendente de su vida; apelando a sus aptitudes para crear vida social e historia. Esa potestad que envidiarían sátrapas y soberanos absolutos, aguarda humildemente en el oficio y el designio del escritor.

¿Y qué pasa con nuestros escritores, en su disociación aparente del resto de colombianos? Quienes nos hemos dedicado a la historiografía social y económica, podríamos investigar cuáles han sido los elementos constructivos y las materias primas de la producción literaria, el temperamento de los públicos, el círculo de los lectores potenciales o reales y así sucesivamente. Pero no sabemos de qué modo la invención literaria ha transformado la imaginación, la sensibilidad y las convenciones colectivas o cómo ha empeñado o aclarado las visiones e ideales que nuestras sociedades regionales han forjado de sí mismas o de las demás, o unas clases sociales respecto de otras... Quizás podamos precisar las filiaciones y renovaciones estéticas y estilísticas de nuestros escritores, del mismo modo que podríamos elaborar una taxonomía sobre la filiación y trayectoria ideológicas de nuestros hombres públicos. Pero, con estos últimos, todavía no sabríamos decir qué hicieron con sus ideas, cómo las transformaron en acción y con qué

saldos. Podríamos dar cuenta de las relaciones –con el olor de la guayaba, o de la pólvora– entre los intelectuales, los literatos y el poder en los últimos cien años, pero quizás dejaríamos lagunas que los apremios del presente –desde el que se interpreta y reinterpreta todo pasado– convertirían en mares de confusión y, como Hobbes propuso, la verdad brota más fácilmente del error que de la confusión.

## Cultura política, literatura e historiografía

**H**obbes viene a cuento. La cultura política colombiana moldea y permea cualquier plano o resquicio del carácter nacional, de la retórica pública o privada, de los negocios más enmarañados o de los más entrañables secretos de confesionario. Aunque nuestro conocimiento de ella es precario, podemos preguntarnos qué acontece hoy, cuando se vuelve insostenible y absurda la pretensión de que “nacional” es aquello que la cultura culta y política definen *ex cathedra*.

Nuestra cultura política, se dice, contiene un propósito civilizatorio. Hace un siglo se expresaba con frases de este tenor: el boga del Magdalena debe ser ascendido gradualmente a bostoniano cívico; hoy no nos asombraríamos si algunos bostonianos quisiesen transformarse en boas y... chaptlear por el Magdalena Medio; pero ese asunto nos llevaría a otra parte. Nuestro tema es este: ¿qué ha quedado de la civilización política colombiana?

A menudo se encarga a la historiografía y a la literatura recobrar los hilos perdidos de la memoria colectiva. En esta operación de rescate, muchos de sus oficiantes buscan signos inequívocos: verbigracia, que los credos bipartidistas han sido, son y serán la base de la continuidad nacional. Sobre semejante petición de principio se han yuxtapuesto simbolismos y mitos de origen de la república. Su imagen, literaria e historiográficamente, se presenta con orgullo y desenfado más patria que plebeya, más burocrática que patriótica y más criolla que mestiza. Surgen, entre otros, los mitos de la Atenas Suramericana o del Estado de Derecho. Aunque poetas y novelistas de las últimas generaciones nos han aliviado el peso de tales mitos, rasgando los velos de la hipocresía del lenguaje literario decimonónico, historiadores y políticos que tienen su esperanza puesta en el pasado se obstinan en alimentarlos.

De tiempo atrás, los estudiosos advierten que América Latina soporta una larvada cultura de

violencia y clientelismo. El Estado de Derecho presenta una fachada cuyos basamentos son, de hecho, la práctica clientelista y la violencia, recursos de poder que se refuerzan recíprocamente. Pero nos hemos asegurado que los colombianos estamos a salvo de esa regla latinoamericana. Nos hemos salvado en la medida en que desde la Independencia el patriciado creó una visión civilista y legalista del desarrollo político, enteramente afín al proceso de guerras civiles que desató en el mismo año de 1811, en pos de la hegemonía sustitutiva del poder de la Corona. El clientelismo, cuyas raíces probablemente no son republicanas, y la violencia (históricamente más bandolera que castrense) han imprimido un colorido intenso, idiosincrático, al cuadro de tramas y episodios de la vida colombiana. Pero nos confortamos: somos excepcionales entre nuestros vecinos. Hemos forjado de ellos una imagen ajustada a esa necesidad de concebirnos ejemplares. En la caricatura y en la conversación privada se insinúa que los venezolanos son mulatos bastos y altaneros y los ecuatorianos indios con *valium*, unos y otros distanciadísimos del democrático discurrir de nuestra polis ateniense.

## Cultura culta, educación pública y violencia

**E**mpero, la Atenas suramericana (que le sacó tantos aplausos hipócritas al adulador Miguel Cané y lúcidas observaciones al embajador José Antonio Sofía) era una aldea extendida en la fértil sabana, sucia y muy andina. Sus mayorías mestizas vivían descalzas, en miseria económica y cultural y en el analfabetismo. Por miseria cultural entiéndase desarraigo y anomia en una ciudad ferozmente desigual e insolidaria que, al crecer caóticamente en el siglo veinte, no puede ofrecer un “paradigma de civilización” a sus semejantes de Lima, Quito, Caracas o Guadalajara... Y la capital compendiaba “lo mejor” del país. Para negar esa fea realidad fue preciso separar radicalmente la cultura culta de la educación popular. El postulado que definía la escuela pública como elemento sustantivo en la integración de una nacionalidad moderna, registró en Colombia ecos débiles, apagados a fin de siglo por la reacción regeneracionista, que arreció en su clericalismo y espíritu ultragodo después de la muerte de Núñez. Las fracciones de la élite alejadas de las mercedes clientelistas y de los privilegios económicos de dudosa ortografía del régimen de la Regeneración, despachaban detrás de sus mostradores en la calle Real, desmontaban tierras, especulaban, y entonaban

himnos al libre pensamiento y al *laissez-faire*, mientras sus primos se desempeñaban en destinos públicos, en la literatura de circunstancia o en el periodismo electorero y fugaz con excepciones que, como los *anni mirabiles* de la literatura “nacional”, caben en los dedos de una mano. En tanto, la iglesia dispensaba la educación básica, e indoctrinaba a una fracción de la población. El Estado tomaba una cuota aún más reducida: no estaban los tiempos para que los pudentes pagaran los impuestos que demandaba el funcionamiento del sistema de educación pública pregonado desde los tiempos de Bolívar y Santander.

D e esta manera, al comenzar el siglo XX la “cultura” había sido transfigurada en producto de lujo, en moda, en fórmula de etiqueta, en bien de consumo estamental, mucho antes del arribo de la sociedad capitalista de consumo.

Estas observaciones son pertinentes porque estamos padeciendo unas circunstancias de violencia ubicua y aguda, de dolor y sinrazón. Se habla de carencia de valores, de debilidad endémica del sistema educativo, del divorcio de la cultura “occidental y cristiana” y el comportamiento y moralidad públicas. Se afirma que la ausencia o la debilidad de los valores es una de las causas, si no la más importante, del clima de violencia que nos enferma y que esperamos con viva esperanza no escale hasta el punto de que, como lo señalan tantas experiencias históricas recientes en el Tercer Mundo, quede anulado por la dictadura y el autoritarismo que se imponen, en primera instancia, para restaurar el orden y reconstruir las pautas básicas de toda convivencia.

Intelectuales y creadores, periodistas y profesores universitarios, y no sólo campesinos, sindicalistas y hombres de empresa, viven en el miedo desatado por maquinarias minúsculas (de las cuales las más irracionales y corruptoras son las del narcotráfico) que prosiguen una guerra descodificada, sin honor, ni altruismo; sin principios discernibles, simplemente ciega y sanguinaria.

Registraremos una cuota de exilios y no sabemos si somos espectadores (¿podemos ser espectadores?) de un proceso creciente de envilecimiento de la vida humana y de la libertad individual, o si apenas padecemos síntomas pasajeros de fácil terapéutica.

La palabra, en vez de iluminar y dignificar mediante el diálogo, va cediéndole espacios al grito o al silencio (menos indecorosos que la mentira).

Llevamos el lastre de una práctica histórica de disgregación cultural y segregación social. Ante esta situación hobbsiana, o sea simultáneamente anómica, insolidaria y violenta, la cultura culta está en obligación de replantearse y reorientar la dirección de sus nexos esenciales; debe converger con la educación pública para postular una tabla de valores conforme a la realidad que exige mayor significación de la persona humana mediante la igualdad de oportunidades. Ha sido superado con creces el pedido tradicionalista de élites cortas de miras y rasas de moral que, ahora, después de haber torpedeado las nociiones y el ejercicio del intervencionismo del Estado (claro, cuando no va en su provecho económico) se espantan ante la supuesta ingobernabilidad del pueblo colombiano.

En esta situación, cuál es la responsabilidad de los intelectuales?

### La responsabilidad de los escritores

C on serio empeño, María Mercedes Carranza escribe en la nota editorial de la Revista de la Casa Silva, *La Poesía tiene la palabra*: “...en momentos como éste, en el que se han degradado los valores básicos de una colectividad y especialmente el respeto a la vida y los términos elementales en medio de los cuales debe desarrollarse la convivencia dentro de una sociedad, la poesía reitera y afirma hasta desgánitarse esos valores: otra razón para usar y abusar de ella”.

Parece llegando uno de esos momentos en que los escritores fijen las cotas de su responsabilidad ciudadana. Debemos saber a qué y a quién sirven los escritores y qué concepción proponen sobre sus deberes sociales más elementales, —entre los cuales debe figurar el enriquecimiento cultural de todos los colombianos. Habría también que anticiparse a quienes no dudarían en utilizar este *Manual* para pregonar que poseemos una gloriosa tradición de valores literarios. Sin calificarla (*aura mediocritas*, recuerda con insistencia Jaime Jaramillo Uribe), esa tradición no puede anunciarse como un código literario para la nueva generación de escritores, ni debe servir de expediente para llevar ofrendas al altar de una falsa conciencia sobre la nacionalidad.

Los veintisiete autores de los treinta ensayos que componen la obra que hoy se entrega, muestran y demuestran, como anota la introducción del *Manual*, la vitalidad de un “mapa pluralista” que quisiéramos ver replicado en el mapa social, político y geográfico de Colombia.